

Cuestión de colores

Querida Sandra:

Te escribo esta carta, en vísperas de tu veintisiete cumpleaños, para decirte que en estos días he estado recordando con nuestros padres aquellas meriendas que nos organizaba mamá para conmemorar el aniversario de nuestro nacimiento. Con chocolate y bizcocho que ella misma preparaba en su cocina mientras papá veía la tele, desconectado de cualquier realidad que no fuese su trabajo, su taberna y los partidos de fútbol de su equipo favorito, porque los niños éramos cosa de nuestra madre y él, eso decía, ya se esforzaba bastante con poner el dinero con el que te regalaban a ti aquellas sábanas de raso para tu ajuar de novia y a mí aquel balón de reglamento.

Éramos unos críos. ¿Cuánto teníamos? ¿Diez, doce años? Yo odiaba el fútbol y tú no te habías fijado aún en alguien con quien compartir cama y aquellas sábanas que mamá te fue comprando junto a otros enseres como cobertores, vajillas y baterías de cocina; tan necesarios todos, decía, para las mocitas casaderas.

Eran otros tiempos, dijo mamá cuando se lo recordé, que entonces era normal y que así se criaba a los hijos. Que había regalos para hembras y regalos para machos, que cada cual tenía un papel asignado según qué órgano genital adornara su entrepierna y que salirse de aquella norma era considerado entonces contra-natura y que no era cosa de alentarnos actitudes impropias a la ligera con las que parecer unos bichos raros ante las gentes del pueblo. Ahora ya entienden, me dijo, pero que entonces ni por la cabeza se pasaba que nos estuvieran arruinando la infancia.

Hay un deje de amargura en la forma con que acepta aquella realidad en la que, no la culpo, ellos también vivían presos sin saberlo, pues estaban seguros de estar actuando de forma correcta. Ahora no es que lo acaben de entender del todo, que alguna reticencia sutil aún les queda, pero asumen y aceptan que son otros tiempo. Que lo importante es la felicidad de cada uno y que cada cual se meta en la suya y no en cómo son dichosos los demás. Es como si se hubieran dejado vencer por el devenir de los tiempos, a veces, y otras veces como si se hubieran liberado, porque en el fondo siempre desearon que todos nos aceptaran tal y como éramos: tú revolviéndote a diario contra tu destino de mocita casadera y yo huyendo de todas aquellas actitudes que se suponían varoniles y que yo detestaba y aborrecía desde mi fuero interno.

Pero voy a lo que importa, que es el ahora, y ahora me dicen, los dos, que sienten legítimo orgullo por ti, que aunque no te hayas casado ni hayas estrenado en matrimonio aquellas sábanas de raso, has triunfado en el mundo del fútbol, donde te has labrado un futuro que nadie sospechaba entonces. Yo le he dicho que gracias a aquel balón que me regalaron a mí y que tú sacabas a hurtadillas de debajo de mi cama, pensando que yo no lo sabía, y con el que te entrenabas en los solares abandonados de la antigua fábrica de cemento, a espaldas de un mundo que te llamaba marimacho por jugar a cosas de varones. Yo te dejaba ir con mi pelota, porque mientras tú te revolcabas en el terral, pateándola y haciendo filigranas y malabares con aquella agilidad que te hubiera envidiado hasta el mismo Maradona, yo me deslizaba hasta tu cuarto, cuidando de que nadie me viese, para vestir y desvestir tus muñecas, hacerle trenzas y prepararles reuniones de té con tus cacharritos de aquella cocina de plástico que te regalaron por Reyes el año que a mí me regalaron una enciclopedia universal ilustrada que, eso dijo papá, tan bien me vendría para cuando empezase a estudiar en el instituto. Nadie podía

discutir en casa que yo estaba destinado a estudiar una carrera y que tu destino estaba entre cacerolas y fogones.

Ya ves, queridísima hermana, cómo a pesar de los pesares cada cual de nosotros se ha ido abriendo camino según sus propias convicciones, con la voluntad de vencer la adversidad mayor de que nos vieran como los bichos raros del pueblo. Creo que por eso, nuestros padres, están orgullosos, doblemente orgullosos, ahora que no les ciegan los convencionalismos sociales y el qué dirán con su brazo ejecutor de vergüenzas y humillaciones.

Mamá está pletórica. Le enseña tus fotos a las vecinas y las vecinas se entusiasman con la idea de contar a todos que conocen a Sandra desde que no levantaba dos palmos del suelo y pateaba aquel balón más grande que ella. Papá ha tardado en comprenderlo. No tanto porque juegues a un deporte que, pensaba, estaba destinado para hombres, no. No es eso, que eso lo aceptó hace mucho tiempo. Lo que no lleva bien es que hayas fichado por el equipo rival de su equipo de toda la vida y, aunque se lo ha pensado mucho, por su fanatismo de hinchas obstinado, ha accedido a acompañarnos a mamá y a mí a verte en tu primer partido con tu nuevo club y hasta ha prometido ponerse la bufanda con esos colores de los que, hasta hace dos días, era enemigo irreductible y que ahora empieza a amar por amor de su hija futbolista.

Dice que ese es su regalo para este cumpleaños: vestirse con tus colores. Y yo, que soy tu hermano, no sólo por compartir la sangre que nos recorre, sino por haber compartido la incomprensión y la intolerancia del mundo, sé que ese será el mejor regalo de tu vida, el mejor regalo que te habrá hecho nuestro padre: aceptarte tal y como eres, sean cuales sean tus preferencias de vida o tus colores.

Nos vemos en unos días.

Tu hermano Fede.